



TPP-obituario precipitado

18 de junio de 2015

Infelizmente, la noticia de la muerte del malhadado proyecto de Asociación Transpacífica (ATP o TPP por Trans-Pacific Partnership), repetida en todo el mundo a partir del viernes último, fue exagerada y prematura. Días después, el martes 16, la Cámara de Representantes de EUA decidió no revivirlo, sino apenas mantenerlo en hibernación por seis semanas. No deja de resultar irónico que el futuro del TPP—un proyecto que vincula a doce países de la cuenca del Pacífico (Australia, Brunei, Canadá, Chile, EUA, Japón, Malasia, México, Nueva Zelandia, Perú, Singapur y Vietnam) y que sus partidarios presentan como la clave de la prosperidad global—dependa de un cálculo político provinciano, de corto plazo, en el Congreso de Estados Unidos. Diríase que incluso la política internacional es local.

Los partidarios estadounidenses de la ultraliberalización de las relaciones económicas y financieras globales—reunidos ahora en una extraña alianza entre el presidente y sus archienemigos republicanos, liderados por John Boehner—realizaron esfuerzos frenéticos tras el descalabro del viernes. Obama, decidido a jugarse por el TPP su última carta política y enfrentado a los legisladores de su propio partido, encabezados por Nancy Pelosi, se valió de la bien conocida proclividad republicana hacia el libre comercio para conseguir (por 236 a 189 votos) ese lapso de respiro. Tiene ahora hasta finales de julio para resolver un intrínquilis mayúsculo.

Como se sabe, ya las dos cámaras han aprobado conceder a Obama la autoridad de promoción comercial, mejor conocida como *fast-track*. El Senado, sin embargo, la integró en un paquete, adicionándole otra ley, que en teoría indemniza a los trabajadores estadounidenses que pierden su empleo a resultas del libre comercio. En la Cámara de Representantes, los demócratas rechazaron esta segunda ley, que siempre habían apoyado con entusiasmo, como mero arbitrio para revertir la primera, deteniendo así el anhelado *fast-track*.

En el lapso de respiro que se aprobó el martes 16 podrá negociarse sobre varias opciones: una, convencer al Senado que acepte desligar el *fast-track* de la ayuda a trabajadores desplazados, lo que parece muy difícil de conseguir; otra, obtener que ambas cámaras aprueben una autoridad de promoción comercial que no se condicione a ninguna otra disposición, lo que tampoco es sencillo. Pueden surgir otras vías. Cualquier salida tiene que contar con el apoyo de prácticamente toda la bancada republicana y de un número suficiente de legisladores demócratas que permita alcanzar la mayoría calificada.



Por ello, la perspectiva del proyecto en el Congreso de Estados Unidos dista de ser promisorio. En este momento, el futuro del TPP depende de que buen número de diputados y senadores demócratas decida apoyar a un presidente que va de salida y tiene poco o nada que ofrecer, o prefiera atender las fundadas objeciones de sindicatos, ambientalistas y otros grupos de presión que seguirán activos después de que Obama haya concluido su segundo y último mandato.

Debe recordarse que Obama, por lo general renuente a impulsar de manera personal y directa sus causas en el Congreso, esta vez ha llegado a extremos notables. En la práctica política, por ejemplo, subió al *Air Force One* a una docena de legisladores para llevarlos a Japón e inyectarles entusiasmo por el TPP. En el terreno de las ideas, montó una gran operación de propaganda para convencer a los escépticos de las enormes bondades del libre comercio—como si el TPP fuera en realidad un acuerdo de liberalización comercial.

Y, con abuso de la retórica, jugó la carta china. Si Estados Unidos abandona a Asia, al no adoptar el TPP—preguntó Obama, en estas o parecidas palabras—¿quién escribirá las nuevas reglas de la economía mundial? ¡China, nada menos! En cambio, con el TPP, las dictará Estados Unidos en beneficio de los trabajadores estadounidenses. Pareció olvidar el presidente que la definición de tales reglas no corresponde a un solo país, sino al conjunto de la comunidad internacional en la OMC y en otros organismos multilaterales de las Naciones Unidas.

En el coro a favor del TPP acompañaron a Obama los sospechosos usuales: con Larry Summers, a la cabeza. En cambio, tanto Paul Krugman como Joseph Stiglitz, entre muchos otros, se pronunciaron en contra de aprobar el TPP con sus actuales contenidos. Lo poco que se ha sabido de éstos (véanse en *La Jornada* los fragmentos del TPP divulgados por Wikileaks) revelan su nocivo alcance. El TPP en su actual forma significa que los gobiernos delegan, a favor de corporaciones privadas, la regulación de las transacciones internacionales, financieras, económicas, tecnológicas y comerciales.

Los tipos de disposiciones más abusivas contenidas en el proyecto del TPP, que se han filtrado a pesar del afán de mantenerlos bajo reserva, son los referidos a la propiedad intelectual y a el estatus legal de las empresas privadas transnacionales *vis-à-vis* los Estados en cuyos territorios actúan. Estados Unidos y no pocos países europeos avanzados, como Reino Unido y Alemania, consideran que la economía del conocimiento constituye el último reducto de su ventaja comparativa global y están dispuestos a defenderlo a cualquier costo y de cualquier manera.

En materia de propiedad intelectual, el TPP retornaría la situación a las posiciones en que se hallaba hace veinte o treinta años, otorgando todas las ventajas legales y beneficios económicos, por lapsos muy prolongados, a los dueños de las patentes y ninguno a los usuarios de los productos, de cuya demanda depende la rentabilidad de los mismos. Los ejemplos más egregios de abuso de la propiedad intelectual que el TPP consagraría aluden, desde luego, a la industria farmacéutica, el sector en el que los países en desarrollo habían logrado ciertos avances hacia un tratamiento menos inequitativo y desequilibrado.



El fantasma que las transnacionales privadas buscan conjurar, a través del TPP, es el de la amenaza que supuestamente representan las empresas propiedad del Estado (SOE por State owned enterprises) de países en desarrollo, en especial de las grandes economías emergentes. Partidarias en teoría de la libre competencia, las transnacionales privadas desean que el TPP las proteja de lo que consideran competencia desleal de las SOE de países en desarrollo. Sólo falta que corporaciones como las transnacionales productoras de equipo de transporte aéreo o ferroviario invoquen el argumento de industria incipiente para conseguir la protección frente a las SOE de China, India o Brasil.

Sin la autorización de promoción comercial para el gobierno de EUA sería inútil llevar adelante la negociación del TPP. Si esto ocurre, como sería deseable, podrían abrirse otras opciones, más balanceadas y más congruentes con una economía mundial poscrisis, que debe definir nuevas reglas del juego, efectivas y equitativas. Una especie de antiTPP.